

18 cm

R-91477



ANT-XIX-1385(1)

Antonio Rodríguez Marcos.

LUIS Y TERESA

POEMA



GRANADA
IMP. DEL SUCESOR DE ALONSO
1896

DONACION DE

Carmen Books

Al eminente escritor, sabio y orado
profesor y carísimo amigo Dr
Leopoldo Iguilary Yanguas en
puede de respetuosa admiración
se off. S.

A. Rodríguez
Marco

Granada Setiembre 1896.

DEDICATORIA

MARÍA: Al publicar este poema, nada más justo que tu nombre figure en la primera página, que á nadie mejor que á ti, amante compañera de mi vida, debo ofrecer y dedicar mi trabajo. Si alguna belleza contiene, si en él se fijan máximas de moral y de cariño, en el que te profeso me he inspirado para conseguir mis propósitos.

Acepta, como cariñosa esposa y amante madre, la ofrenda que te hago, que servirá de cariñoso recuerdo para tí, de ejemplo y enseñanza para nuestros hijos y de inmensa satisfacción para tu

Antonio.

I

Dos almas.

En un sencillo pueblo
De aspecto pobre, vecindario escaso,
Poca extensión y de bondad notoria
Cuyo nombre se ignora ó no hace al caso
Traer á la memoria;
De costumbres un tanto peregrinas,
En donde el pacientísimo jumento,
Los cerdos, las gallinas
Saliendo del corral y los zurdones
Van buscando por todos los rincones
El preciso sustento
Y aquí y allí se paran y olfatean
Y en mitad de la calle se recrean:
Modestas, dos familias, disfrutaban
De esa tranquila vida que ocasiona
Un mediano pasar con que contaban
Y envidiada honradez que les abona.

Vecinos los hogares
Donde ostenta la fe ricos altares,
De su alta y negruzca chimenea
Apenas la alborada
Nos hace ver que humea,
Cuando oración ferviente
Indica que ya asoma el sol naciente
Y no se oculta el astro matutino
Ni su dorada lumbré
Se pierde en el picacho de la cumbre,
Sin que canto divino
Con fe sencilla que en el pecho arde
El crepúsculo anuncie de la tarde
Y cada vez que la cristiana ermita
Una plegaria su campana implora,
Aquella gente, por demás contrita,
Suspira, reza, se entusiasma ó llora.



De ambas familias los amantes lazos
Anuda condición muy parecida;
Es para una, el extender sus brazos
Al hijo de su vida,
Que con su amor ni vive, ni sosiega,
Y su celo, guardian de sus costumbres,
Á todas horas suplicante ruega
Le libre Dios de aquellas pesadumbres

Que al ánimo le trunca y le doblega.
De la otra familia es embeleso,
Preciado encanto y sin igual ventura
De amante hija, el cariñoso beso
Y envidiada hermosura;
Rica aureola que marca sin rebozo
De pudor virginal raro portento
Que causa al contemplarla santo gozo
Y pensar el perderla hondo tormento.



Luis y Teresa, mientras fueron niños
Iguales goces, casi disfrutaron,
Unos mismos cariños
Inocente niñez, les halagaron:
Creciendo los dos fueron
Y con júbilo santo
Pasar los años vieron,
Sin tristezas, dolores ni quebranto,
Gozando en los albores de la vida
De esa felicidad halagadora
Más tarde tan sentida
Cuando apaga su luz la bella aurora
Y el desencanto en nuestro pecho anida.



Teresa, un día, alborozada su alma,
Nido preciado de amorosos dones,

Vergel ameno de apacible calma
Y fuerte valladar de las pasiones,
Ve una luz fulgurar y siente atenta
Que á Luis amaba con pasión violenta:
Pasión como nacida en alma pura
É inspirada en la fe de sus mayores
Solo ofrece brillantes resplandores
Cuando inocente aquella criatura
Á su Dios confiaba sus amores
Y al cielo le pedía
Que nunca le faltaran sus favores,
Su amparo, protección, paz y alegría,
Y con eco constante
En su tranquilo pecho resonaba
Ese suspiro de pasión amante
Que la hermosa virtud le engalanaba.



También Luis, á su modo y su manera
Por Teresa sintió grato cariño;
Pero voluble siempre, cual un niño
De cuya inclinación estrafalaria
La gente juzga de manera varia;
Esquivo á toda hora,
Tan solo le seduce y le recrea
El ver que de hermosura seductora
Es Teresa la reina de la aldea;

Mira en ella y repara
Y en aquel blanco nacar de su cara,
En aquel rosicler de su mejilla
Pudorosa y sencilla;
En su voz de suavísima dulzura,
Mensajera de puros sentimientos,
En lo apuesto y gentil de su figura,
Luis, guiado de humanos pensamientos,
Orgullosa y altiva,
De juvenil halago, ejemplo vivo,
Un vario afecto en su querer sentía
Que pasajero goce le ofrecía
Y tan solo le agrada y le interesa
El que pueda decir la gente moza:—
¡Qué guapa que es Teresa!
¡Dichoso Luis, que su cariño goza!



Jamás creyó, que la pasión amante
Que embellece las almas,
No es fugaz ilusión de un solo instante
Ni tan pobre su gloria
Que en un solo momento ofrezca palmas,
Sin lucha y sin victoria:
No comprendió que el puro amor sentido
Por todo el que bien quiere
Forma en el corazón hermoso nido,

Allí vive, allí alienta y allí muere
Y allí su hermoso nombre es bendecido,
Haciendo de dos almas una sola,
Su preciado capullo
Le abrillanta purísima corola,
Le mece grato arrullo
Y la virtud cristiana
Que todo lo engrandece
Le adorna y le engalana
Otorgándole el láuro que merece...



Así pasaron los días de su infancia,
Estos dos seres de temple bien distinto
En fe y perseverancia,
De tan contrario instinto:
Teresa, bondadosa, siempre amando,
Luis, en su corazón, siempre fingiendo;
Ella con gratitud y con constancia
Su mirada á los cielos dirigiendo;
Él al mundo rendido
Riquezas y placer ambicionando
Y con ese delirio que nos vende
Sin reparar en medios, ni manera,
Ambicioso pretende
Una vida de halagos, seductora,
Fugaz y placentera,

Cuyo mentido goce nos hechiza
Y torpemente su maldad realiza
Con sonrisa procaz y tentadora.



Á conseguir su intento
No perdona ocasión, ni valimiento;
Y tan pronto el placer se le presenta,
Su torpe inclinación, está propicia
Á disfrutar contenta
De todo cuanto ufano le acaricia.
Para él, es la vida, solo goces,
La riqueza, poder tan soberano
Que parece le está gritando á voces:
Conmigo el dolor es más humano
Que en locas diversiones
Y venturas sin tasa,
Trasformo las miserias y aflicciones
Y en el mundo la vida así se pasa.
¡Halagadora y singular manera
De despertar el mal sus sentimientos,
Matizando así, á la ligera,
Con tales pensamientos
De ingrato ser, la criminal carrera.



De estas dos almas, sin temor ninguno
Aventurarse puede su destino;

Que cuando en el espíritu sublime
La huella el bien imprime,
El áspero camino,
Ni fatiga, ni dá cansancio alguno,
Y con su voz potente
Humillando del mal la altiva frente
Ofrece sus trofeos de victoria,
Gozando dulcemente,
Como el justo disfruta de su gloria.
Cuando ciego derrama
Su jugo el mal, con poderio insano,
Y el corazón humano
De discordia cruel siente la llama;
Pedir tranquilidad ¡oh! fuera en vano.
Envilecido, con pesar camina;
Su error rayos fulmina
Y tiene como amiga inseparable,
Que sus rugidos en el pecho lanza
De la envidia, el encono formidable,
Que solo sabe respirar venganza.
Adviértese al momento
El insondable abismo
Que separa estas almas en la tierra:
Una inspirada está de sentimiento
Que tantos bienes en su seno encierra,
La otra de temible sensualismo

Que en su constante guerra
Tiene por ley de amor, el egoismo,
Á cuyo nombre el corazón se aterra.

II

La voz de la honradez.

Por su gentil figura,
Su instrucción y su charla,
Por su siempre dispuesta travesura,
Que astuto borda, con festiva parla,
Era Luis, de los mozos de la aldea,
El que todo lo anima y lo recrea,
Causando sus gracejos
Que con extraña mimica reboza,
Sonrisas á los viejos
Y carcajadas á la gente moza.
Con ambición de goces, desmedida
Que nunca juzga bastante satisfecha,
Tiene el hogar por cárcel muy estrecha
Y la paz y quietud que le convida,

Freno cruel que le subyuga y mata,
Vergonzoso acicate de su vida
Que su capricho anula ó maniata.



Un día, con los mozos en la plaza,
Enfurecido de la adversa suerte,
Con voz descompasada, altiva, fuerte,
Que sus visos tenía de amenaza,
Con acerado dardo maldecía
Y mil pestes lanzaba contra el rico,
Al pobre, motejando de borrico,
Porque injusto el destino no quería
Otorgarle riquezas,
Ni sobrada fortuna,
Para gozar del mundo sus lindezas
Que afanoso contaba una á una;
Irascible fijando en sus consejos
Un tan marcado y singular encono
Que jóvenes y viejos
A la codicia vil alzan un trono.
Mirándole tío Pablo, de hito en hito,
Le dice:—¡Mentecato!
De todo tu relato,
De tanta saña y tan rebelde grito
Qué consigue tu lengua maldecida?
Demostrar ambición muy desmedida,



Osadia, altivez y travesura
Y halagando ¡infeliz! torpes pasiones
Convertir en negrura
El bienestar de sanos corazones!



¿No ha comprendido tu cacúmen necio,
Para tu mal bastante desdichado,
Que envidia y ambición causan desprecio?
Que nunca han de faltar pobres y ricos,
Pues Dios así lo manda
Y así lo tiene Dios bien ordenado,
Y de su santa ley ¿quién se desmanda?
Si quieres disfrutar, trabaja y rema,
Que solo trabajando se consigue
La paz y la ventura.
El creer lo contrario, es gran locura,
Ingrato discurrir de gente mema,
Pues fuera injusta cosa
Que el premio de la holganza
Lo fuera, el de una vida venturosa
De dicha, de quietud y de bonanza.



Con burla y desparpajo
Le contesta con guasa, aquel mozuelo:—
¿Ya reparo el *buen pelo*
Que habeis echado vos con el trabajo?

Y sentido de aquella chanzoneta
Y en mal humor trocado el buen consejo,
Le replica el buen viejo:—
Sabe, que es más completa
La dicha que me dán aquestas canas,
Que una bolsa repleta,
Dispuesta siempre para cosas vanas.
Al descubrir mi ya rugosa frente
Y mirar que la gente
Respete mi honradez, mi afán, mi celo,
Parece que no he *echado tan mal pelo*.
Siempre estoy y estaré siempre propicio,
Sin vana ostentación y sin alarde,
Cuando á mí se me llama
Llegar si es menester al sacrificio,
Que jamás la honradez niega cobarde
El favor que su prójimo reclama.
Sabe, son mis encantos, mi embeleso,
Mi mayor alegría,
Cuando del campo hácia el hogar regreso
Después de haber corrido todo el día
Tras la yunta, el apero ó el ganado,
Y vuelvo á la alquería
Anheloso, rendido y fatigado,
Hallarme que mis hijos,
Que tienen siempre en mí los ojos fijos,

Obedientes, me ofrecen sus caricias,
Me brindan sus abrazos,
No envidiando otros dones y delicias
Que el verme preso en tan amantes lazos.



De mi modesta mesa,
Muy limpia y aseada,
Nunca falta el cocido y la tajada,
El blanco pan, muy tierno,
Ni tampoco me falta el rico mosto,
Que por eso trabajo en el invierno
Y estoy sin descansar en el agosto,
Y como en jamás vivo en la holganza
Y á trabajar mi vida se sujeta,
Hay trigo *pa* vender y *pa* la panza
Y un poco de *metal* en la gabeta,
Que conservo afanoso,
Por si el mal algún día
En mi hogar venturoso
Su imagen veo aparecer sombría.



Ya se yo, y lo dice todo el mundo,
Que tú, Luisillo, pretendes otra cosa,
Que con error profundo
Quieres en poco tiempo hacer dinero,
Y que con ánsia loca

Que acaso acaso en el delirio toca,
Quieres ser caballero;
Piensas allá en la Corte,
É injusta aspira tu simpleza extraña,
Á ser un elegante de buen porte,
De esos que abundan tantos en España.
Estos cuatro terrones te encocoran,
Con mirarlos tan solo, te avasallas,
Otro mundo, otras tierras te enamoran,
Otros deseos en tu pecho callas.



De esta aldea, por cierto, lo aseguro,
No marcharás en tanto,
Que de tus padres el cariño puro
La muerte anuble con su negro manto;
Porque estos, de fijo,
Ni sufren, ni toleran tal quebranto,
Ni quieren este mal para su hijo.
Contentos con su suerte,
Sin mentidos afanes, ni ambiciones,
Miran cual lazo fuerte
El amor de sus nobles corazones
Y negativos volverán la espalda
Á todo pensamiento estrafalario,
Pues su vida no tiene otra guirnalda,
Su virtud y su fe más santuario

Que repasar las hojas del *Ripalda*
Ó las benditas cuentas del Rosario,
Á donde están las grandes enseñanzas,
Los hermosos y puros resplandores,
Las santas esperanzas
Que del dolor, ahuyentan los rigores;

.
Vete, vete de aquí,
Qué modo de pensar tan pintoresco,
Si con él buscas gloria, ¡ya estás fresco!
Si riquezas, ¡soberbio desatino!
Porque nunca la holganza
Marchó por buen camino,
Y por demás estéril, nada alcanza.
—Ya escribiré, tío Pablo, alguna carta,
Dando cuenta y razón de mi persona,
Que cuidaréis que por el pueblo todo
Circule y se reparta
Y se comente de diverso modo.
Á esta frase zumbona
El buen viejo replica conmovido:
—¡Quiera Dios que el periódico no hable
Algún día de ti algo notable,
Y con color subido
Que corra por el mundo la noticia
Poniendo en evidencia

Tu infortunada suerte ó tu malicia,
Ó el grito de perdón de tu conciencia!

.

.

De esta escena ha pasado una semana:
Celébrase una fiesta religiosa,
Grande, solemne y por demás hermosa;
Función que ha de alegrar con sus festejos
De pólvora, de bailes y jarana
Á los niños, los jóvenes, los viejos,
Á la noble señora y la artesana
Que lucirá vistosa
Su corpiño de pana,
Linda falda turquí, granate ó rosa,
Zarcillos de brillante filigrana,
Y adornará su rubia cabellera
Y purísimo seno
Con cintas y con flores,
Que amante el corazón, de gozo lleno,
Brindará placentera
Al gallardo doncel de sus amores
Que constituye su pasión primera.



Alegre el cimbanillo
En la torre voltea el monaguillo.
La gente acude al templo

Y dando de su fe hermoso ejemplo,
Prepárase á la alegre romería
Que según las señales,
De todas, la mejor esta sería;
Y cuando más formales
Pasan las horas de ardorosa siesta
Interrumpe la fiesta
El lúgubre tañir de la campana
De iglesia no lejana,
Que en fúnebre concierto
Está doblando á muerto.
Píntase la ansiedad en los semblantes,
Y de allí á poco rato
De la horfandad de Luis corre el relato;
Que sus padres queridos,
De contagiosa enfermedad heridos,
En muy breves instantes
El corazón les niega sus latidos,
Besando con fervor el más profundo
La santa Cruz del Redentor del mundo.
En todos la oración brota en los labios,
Que ante la airada muerte
Hasta son compasivos los agravios;
En todas partes cunde
Y aquí y allá se advierte,
Ese pavor que la desgracia infunde,

Que abate y esclaviza
Al mortal máspreciado de ser fuerte,
Á quien nada en el mundo martiriza.



El extraño infortunio se comenta
Con sollosos y frases de ternura;
Un cuadro el más sombrío se presenta
Al reparar la abierta sepultura.
Gratitud, amistad, deber, amores,
Ante la fría losa funeraria,
Olvidando disgustos ó rencores,
Elevan su plegaria.
Fervientes piden, al dolor cautivos,
Gloria á los muertos, paz para los vivos;
Y para Luis, el huérfano infelice,
Cuya desgracia por demás se siente,
Que necia la ambición, no le deslice
Por escabrosa y áspera pendiente.

III

Ingrato y ambicioso.

Respetado por Luis el novenario
De esta doble desgracia,

Quizás haciendo gracia
Á humanos miramientos
Ó exigencias del mundo,
Más que á cumplir con el deber profundo
De nobles y piadosos sentimientos,
De su ansiedad siguiendo la corriente
Con agitado afán é ingrato olvido
Sirve de halago á su ardorosa mente
Abandonar el pueblo prontamente,
Por la codicia vil desvanecido.



No se tardó en el medio de la plaza
La voz del pueblo que nunca se equivoca,
Ni engañosa disfraza
Aquello que la ofende y la provoca;
Con diversas razones
Y comentarios de ingeniosa traza
El motejar de Luis las intenciones,
Que tienen como base el desconcierto
De mal vender su hacienda, casa y huerto;
Hacienda bendecida
Que el honrado trabajo la sostuvo,
La aplicación le dió pujante brío
Y en la desgracia firme se contuvo.
Mas ahora al empuje de pasiones
De insensata arrogancia,

¡Adios casa y terrones
Y verde huerto cuidado con constancia!
¡Y recuerdos de amor y santas prendas
Que un día se besaron como ofrendas
Y engalanaron su inocente infancia!



Al saberse sus planes
Y reparar la gente de la aldea
Sus ingratos afanes,
El desprecio al dolor que le rodea
Y en tan tristes momentos
El olvido de santos juramentos,
Su plan critica y su conducta afea.
Todos, sin vacilar, han prometido,
Con empeño tenaz y hasta arrogante,
Desde aquel mismo instante
Ingrata su amistad, darla al olvido;
Y tío Pablo, convulso y dolorido,
Recordando la escena ya contada
Decía entre apenado é iracundo,
Con voz entrecortada:
—¡Las cosas que suceden en el mundo!
En muy breves momentos
Terrible enfermedad con su contagio
Ofrece despiadada sus tormentos,
Arrebata cruel dos corazones

Y cúmplase el presagio
Que hice á Luis, al juzgar sus ambiciones,
Pues según el adagio
Son malas consejeras las pasiones!
Si alguno con su goce canta albricias
Sufrirá prontamente sus *caricias*,
Que entre jara, malezas y zarzales
Los reptiles ocultan sus malicias,
El abrojo cruel, dá sus señales.



Teresa, de su Luis al despedirse,
Apagando el latido
De amante corazón, que siente y calla
El mirarse tan mal correspondido,
Luchando con su amor, sin abatirse,
Con humilde temor que no avasalla,
Antes bien ennoblece,
Suplica á Luis y amante le agradece
Que con grata constancia,
Nunca olvide los rezos de la infancia.
Besando cariñosa
Una reliquia que quitó del pecho
De su llorada madre,
É invocando piadosa
El respetado nombre de su padre,
Conserva este recuerdo, le decía,

Que en penas y zozobras
Te prestará consuelo y alegría;
Y amuleto feliz de santas obras
Verás por fin, de tu tenaz porfía,
Cómo del bien, la dulce paz recobras.
No te pido un amor que no me tienes,
Tampoco gratitud que ya has perdido;
No te deseo el goce de esos bienes,
Con que disfruta el mundo corrompido;
Quiero tan solo que en tu joven alma,
No alentada de torpes ambiciones,
Reine constante la apacible calma
Que dan buenas acciones.
No ambiciones el oro,
Ni rico hogar, ni de placer la palma,
Ni de la gloria el fausto y la grandeza
Si no goza tu alma
De honrada paz la sin igual belleza,
Formando hermoso coro
Con la tranquila voz de tus deberes
El recuerdo querido de otros seres
Que amantes, no lo dudes,
Pedirán á los cielos
Que sean la honradez y las virtudes
El bálsamo que cure tus desvelos.

Halagado por vanos pensamientos,
 Aturdido á la voz de la conciencia,
 Ó abrumado con tales argumentos,
 Luis, tan solo pronuncia
 Palabras de oportuna conveniencia,
 Conque cortés se anuncia
 Un corazón tan solo agradecido,
 Ó estudiada y fingida indiferencia
 Con que cubre sus faltas el olvido:
 Su vista vagamente
 Acá y allá dirige con cautela,
 Su palabra premiosa y balbuciente
 Su codiciosa ingratitud revela;
 Que siempre fué cobarde y torpe el labio
 Ante el poder que á la verdad asiste,
 E insolente el agravio
 La voz de la razón no la resiste.

.

 Ya se ha marchado Luis; en su partida
 Tan solo disfrutaron sus abrazos
 Unos cuantos mozuelos,
 Amigos de jaranas y desvelos,
 De fiestas y bromazos,
 Que de orgullo y soberbia siempre llenos,
 Con extraña insolencia

Repiten como cosa muy sabida
La célebre sentencia
«Que los duelos con pan son siempre menos»
Y el mundo solo al goce nos convida.
El resto de la gente
A su marcha se muestra indiferente,
Que ante la ingratitud, que no perdona
Y la extraña ambición que le persigue,
No tienen ni un recuerdo á su persona
Ni un *adiós* cariñoso que le obligue.

.
El sol oculta su luciente vida,
Húmedo el aire, la floresta triste,
La hojarasca del árbol desprendida,
Todo anuncia y reviste
El pesar en que un alma está sumida;
Que hasta el tiempo lluvioso, ingrato y crudo
Con su aspecto tan frío,
Parece que le niega su saludo
Y le predice porvenir sombrío.

IV

La vocación.

De aquel amor vehemente y sin reproche
Que la luz de la aurora sorprendía
Y que en las soledades de la noche
De Teresa en el alma, siempre ardía;
De aquel sentido afán y aquel desvelo
Conque á su Luis seguía con los ojos
Y que apenada en triste desconsuelo
El llanto tiñe, de matices rojos.
Queda tan solo en apacible calma
La compasión, para su joven alma;
Compasión, que con fervor pidiera
Á su Dios y su Virgen Soberana
Que nunca de su Luis desapareciera
La hermosa fe de religión cristiana,
Antorcha peregrina
Que de luz inundando su carrera
Le mostrara el lugar por que camina,

Fijando, placentera,
El débil muro, que amenaza ruina.



Solo para Teresa,
Es su dicha, su amor y su ventura
Cariñosa y clemente,
El besar de inocente criatura
La angelical y pura y blanca frente;
Acariciar su virginal megilla,
Ofrecerla consuelos en su llanto,
Entusiasmarse en su virtud sencilla,
Y con cariño santo
No hay dolor, que á socorrer no vuele,
Ni palabra de amor, que no prodigue,
Ni sentida aflicción, que no consuele,
Ni sencillo penar que no la obligue;
Cuidando la pobreza
Ventura y dicha sin igual alcanza,
Ancho camino abriendo á la esperanza,
Horizontes de luz á la tristeza,
Ambiente regalado á la bonanza,
Heroismo y valor á la tibieza.



Á través de tan grande desventura
Y tantos y tan rudos sinsabores
Como en su alma candorosa y pura

De continuo la ofrecen los rigores,
De caridad el fuego, más se aviva,
Más en ella se enciende, y brilladora
La luz hermosa de su amante aurora
Por todos lados su poder cautiva;
Y cual hermosa planta
Que crece en el jardín con galanura
Y por la tierra extiende su verdura
Y su hermoso perfume nos encanta,
De Teresa los dones peregrinos,
Su seductor halago,
Sus alientos divinos
Que no tienen quietud, ni leve amago,
Gozan tal suavidad y tal aroma
Que desdichas y males les aquieta,
Y si altivo el error su frente asoma
Su abrumador poder vence y sujeta.



De este modo, por nobles y plebeyos,
Niños, ancianos, mocicas y mocicos,
Por pobres y por ricos,
En la ciudad, el monte, el prado,
Los riscos y el collado,
En la opulenta casa y pobre choza
De su virtud se admiran los destellos,
De su bondad se goza

Y con santo respeto y fe sincera
Y acendrado cariño
El nombre de Teresa se venera
Con la ternura de inocente niño.

.

No son glorias y goces permanentes
Cuando más apacible el sol fulgura
Y nubes de zafir, de oro y de grana,
Cual bella filigrana
Bordan el cielo, con su lumbre pura,
Ofreciendo mañanas esplendentes
Ó deliciosas tardes de ventura;
Negras manchas y sombras aparecen
Que todo lo ennegrecen,
Y si tranquilo arroyo serpentea
Y en él la amante luna se retrata,
Su brillante cristal acaso afea
Rugiente catarata
Que desborda su cauce y le negrea.
De la tranquila vida de Teresa
Las nubes fueron de su hermoso cielo,
Y huracán que destroza cuanto toca
Dejando huellas de sentido duelo
El ver que de su boca
La falta ya el aliento regalado,

El purísimo beso,
El afán y solícito cuidado
Que acaso con exceso,
Y siempre con sonrisa que halagaba
De sus padres amantes,
Á toda hora y en todos los instantes
Dichosa disfrutaba....
Mas si la muerte con su ley terrible
Despiadada la hiere y desconsuela,
En alas de su amor tranquila vuela,
En su pecho sensible
Encuentra el lenitivo que consuela
Ejercitando todo el bien posible,
Con tanta abnegación y tanto celo
Que fascina y encanta
Y es necesario remontarse al cielo
Si se quiere admirar virtud tan santa.



Huérfana está ya, pero no sola:
Por doquier la acompaña
De virtud hermosísima aureola
Que sombra alguna empaña;
Dios la protege desde excelso trono
Y como el mundo sus bondades mira
Sin torpe emulación y sin encono,
Sus virtudes admira,

Y con amor y gratitud perfecta
Para que cumpla el bien por que suspira,
La ofrecen todos protección completa.
Tan bello es el fulgor de su corona,
Tanta la caridad que la enardece,
Tal su pujanza y noble poderío
Que tranquila parece
Al dolor que implacable la aprisiona,
Y á la lucha se apresta con más brío.



Inspirada Teresa y conmovida,
Siente en su corazón dolor profundo,
La causa honda y penetrante herida
Pensar que por el mundo
Al dolor abatidos
Ante las desventuras agobiados
Están pidiendo pan, mil desvalidos,
Suplicando merced, mil desgraciados.
Observa, mira, y vé, con insistencia
Que en mísero hospital y pobre cama
Suspira la indigencia,
Amparo pide y protección reclama
Con piadosa y humilde reverencia,
Aquel que un día acarició la fama
Ó el brillo disfrutó de la opulencia.



Abandonado, pobre, débil niño,
Sus bracitos extiende con cariño
Pidiendo suplicante
Una santa limosna, una caricia
Que con mengua, robóle la malicia,
Ó de amor vergonzoso injusta saña,
Que infamante destroza
Y tristemente empaña
Brutal pasión, con que insensato goza
Y á falta de cariño verdadero
Y maternal regazo,
Con tono lastimero
Nos pide nuestro beso y nuestro abrazo
Que noble el corazón es el primero
En querer anudar con fuerte lazo.



En mazmorra cruel, prisión insana;
La maldad ó inocencia
Sufren dura inclemencia,
Tenaz castigo de justicia humana.
Y caridad amante nos obliga
A ofrecer protección á todo trance
Que mitigue el furor del que castiga
Ó el delincuente su perdón alcance:
Que muchos corazones
Se pierden para el mundo y para el cielo,

Porque faltan palabras de consuelo
Que nos piden ufanos
Con apenada voz y llanto triste
Esos seres que son nuestros hermanos
Y á su justo pedir ¿Quién se resiste?
¿Quién se cruza de manos
Y en su pena y dolor no les asiste?



Piensa, que para ejercer tan altos fines
No se marcan precisos horizontes,
No hay llanuras, ni montes,
Ni desiertos, ni razas, ni confines,
Y esto en ella produce
Una nueva pasión que la embelesa
Y aspira á ser Teresa
De esas santas mujeres,
Que formando instituto bendecido,
Con desprecio de glorias y placeres
Solo á la caridad dan su latido,
Y con sus blancas tocas
Y su tosco vestido de estameña,
Para sufrir son fuertes como rocas,
Y duras al rigor como la peña.



Tendrá que padecer ¡oh quién lo duda!
Cuantas veces aquel á quien proteja

Y en su amoroso pecho encuentra ayuda,
Ingrato escuchará que la moteja
Ó le replica con palabra cruda!
¡Cuántas otras con falsos oropeles,
Con riquezas, placer, halagos, glorias,
Con mentidos laureles
Ó palmas y victorias,
La seducción, avivará el deseo,
Y de extraña pasión acaso intente
Mancillar su bondad cobardemente,
Tratándola cual reo
Ó feroz enemigo,
Á quien prepara sin igual castigo!
Mas no; no hay que temer:
Agravios y perjurios y traiciones,
Injusto mal querer y adulaciones
Ella resistirá con valentía
Y en todos los momentos y ocasiones
Mostrará su hidalguía,
Sus santas intenciones
Que al temple de su alma, que amor brota,
Nada, ni nadie, su valor agota,
Consiguiendo al vencer á la falsía
Del heroismo la brillante nota.



Cuando formal anuncia
Su noble vocación, que considera
Inapelable fallo que pronuncia
Su piedad verdadera,
É inspiración con que gozoso el cielo
Así la premia su constante anhelo;
Al contar á las gentes las razones
Que despertaron la pasión sentida,
Dicen, llorando todos su partida:
«Nos abandona el angel de la aldea,
Así lo quiere Dios, ¡bendita sea!»
Causará con su ausencia, hondo quebranto,
En todas partes brotará, sentido,
Sincero, puro y fervoroso llanto
De un corazón herido,
Mas su intención y noble pensamiento
Se juzgará por todos al momento
Sin egoísmo que anublar consiga
La hermosa acción de que feliz blasona
Y que amante la obliga
Á ceñir del dolor triste corona,
Corona de martirio y vilipendio,
Sin flores, sin aromas ni capullos,
Amenazada de continuo incendio
É insensatos murmullos,
Que aunque quiere el olvido

Mostrar de su clemencia
El cariñoso y plácido quejido,
La humanidad exhalta su conciencia
Al escuchar del látigo el crujido
Y perdona la ofensa recibida
Y sufre el yugo de bárbaros tormentos,
Mas por demás sentida
De su mente no ve desvanecida,
La burla y los acentos
Que amargaron los días de su vida.

V

Un día memorable.

El día de su marcha
Apesar de ocultarle con cuidado,
Para evitar disgustos y expansiones,
Que á ciertos corazones
Ni de placer les sirve, ni de agrado,
Fué un día memorable
Que la aldea recuerda con gran gloria,

Y se cuenta su historia
Con el cariño siempre respetable
Con que en la vida humana se retrata
Ese querer, que no se olvida nunca,
Que el tiempo y la distancia no le mata
Ni extraña ingratitud su afecto trunca,
Recuerdos que trasmite
La tradición á todas las edades
Y fiel su narración cuenta y repite
La familia, los pueblos, las ciudades,
Que en páginas sencillas
Conserva y graba sus grandes maravillas.



Viste de gala hermosa primavera:
Revive el corazón y vá buscando
La vida placentera
Que el invierno cruel le fué robando;
Un cielo azul, purísimo, se advierte
Y la brillante aurora
Á raudales su luz, hermosa vierte,
Que el verde prado con su luz colora.



Vinieron ya las pobres golondrinas,
Cuya hospitalidad jamás la niega
La ya ruinosa casa solariega,
En cuyas paredes y techumbres

Se ven los resplandores
De sanas y purísimas costumbres,
De plácidos amores,
Y gozando del cielo los favores
Con grato arrullo y alegría loca,
Con puro sentimiento,
Acaso acaso en el delirio toca
De santo arrobamiento.



El campo es esmeralda;
Vergel ameno de oloroso prado,
Y la floresta umbrosa
Por demás compasiva y generosa,
Para nuestro recreo y nuestro agrado
Sus bellezas apiña
Dando grata frescura á la campiña,
Que amante nos ofrece y nos regala
Con cariñoso orgullo
El tranquilo gozar de que hace gala
Y la hermosura de su dulce arrullo,
Brindando con su alfombra peregrina,
Esmaltada de flores,
Gratisimo reposo
Á inocentes amores
Que el corazón alienta generoso.



Sencilla alondra y ruiseñor parlero
Entonan sus cantares
En el verde y florido limonero
Que despide suavísimos azahares;
Y flores y jazmines,
Humilde violeta y tierno lirio
Bordeando las márgenes del río,
Matizando paseos y jardines,
Con notable abundancia
Ofrecen su fragancia;
Y la miel de sus cálices percibe
La linda mariposa
Que regalada vive,
En su tallo gentil juega ó reposa,
Y sus abiertas y pintadas alas
Al reflejo de un sol esplenderente
Auméntanse sus galas
Con destellos de luz más refulgente.



Envidia del pensil y de él sultana,
Con marcado valer y poderío
Ostenta linda rosa su capullo,
Y sus hermosos pétalos de grana
Los esmalta de perlas el rocío
Que la aurora vertiera en la mañana;
Su tallo le cimbreo

La brisa bonancible, cuyo arrullo
 Gratamente el oído nos recrea,
 Y el corazón humano agradecido
 Con inefable gozo,
 Pesares y dolores dá al olvido,
 Sus encantos admira
 Y con puro alborozo
 Su cáliz besa, su perfume aspira.



Del tomillo y cantueso
 La nunca desmentida grata esencia
 La aurora ha despertado con su beso,
 Dando salud y vida y complacencia
 Y envidiada ventura y embeleso
 Á la humana existencia;
 Y feliz el pastor en su cabaña
 Sus cánticos entona,
 Que festivo acompaña
 El grato son de su sencilla caña.
 Amor, flores y brisas y colores,
 El cielo, el monte, el mar, el prado,
 El huerto y el collado,
 Colinas y pradera,
 Bosques incultos ó la fértil loma,
 Brindando están sus plácidos amores
 Á la gentil y hermosa primavera

Que grata vida, con su aliento toma.



Todo es animación, bullicio, zambra:

El pueblo reunido

Entre amante gózoso y abatido,

Aclamando á Teresa, la acompaña

Hasta dejar la última cabaña,

En donde con transportes de ternura

Y sentidos cariños,

La demuestran su amor y su tristura

Llorando como niños.

La cruz del cementerio se divisa,

Y bajo el sauce, cuyas ramas cubre

De sus padres la losa funeraria,

La gente toda se inclina y se descubre

Y por demás sumisa

Eleva su plegaria:

Sentida devoción, que amante gime

Pidiendo por su gloria

La ampare Dios con su poder sublime

Y nunca le abandone su memoria.



Al despedir las gentes á Teresa,

Corren, bullen, se agitan,

Unos llorando están, los otros gritan,

Y de entusiasmo todos satisfechos

La estrechan en sus pechos.
En su delirio loco
Se alejan de la aldea poco á poco,
Y con fervor contrito
Llegan á disputarse con porfia,
Y repartirse como pan bendito,
Las medallas, estampas y juguetes
Que bondadosa repartió aquel día
Á los pobres muchachos de la aldea
Que fueron su entusiasmo y su alegría,
Y su puro cariño la recrea.
Un «viva» prolongado
De la triste jornada el fin anuncia,
Viva por el dolor entrecortado
Que todo labio con pasión pronuncia,
Ejemplo de cariño verdadero
Que pone en evidencia claramente
Lo noble del sentir y lo sincero
De aquella honrada y cariñosa gente.



Desde elevada y mágica colina,
Tapizada de musgo y lindas flores,
De Teresa, la imagen peregrina
Enviaba el adios de sus amores,
Un sol esplenderente la ilumina,
Y con su negro traje

Que más y más contrasta su blancura,
Levantados sus brazos á los cielos
Radiante de hermosura,
Con piadoso lenguaje
Para todos pedía sus consuelos,
Amor felicidad, paz y ventura.

.
Al regresar la gente á sus hogares,
Contristados, acallan sus cantares,
Sus alegres acentos;
Y tan solo se escuchan y se advierten
Suspiros y lamentos
Que en lágrimas convierten
Las rudas reflexiones de tío Pablo,
Que dice allá á su modo:
—Escuchar lo que digo y lo que hablo,
Lo mejor de este pueblo hemos perdido,
Cuya bondad se lo merece todo;
Lo dice la *esperencia*,
El grito general de nuestro duelo,
Y lo dice, muchachos, el sentido,
Y nuestra gratitud y la *conciencia*
Y hasta lo dice el cielo
Con un día de sol tan apacible,
Que hace nuestro entusiasmo más visible.



Recordaréis cuando al marcharse el *otro*
Que día tan oscuro y poco grato,
Que modo de llover y que negrura;
Y sin que sea *meterlo yo á barato*
Y hablar á la ventura,
Con frase sentenciosa ó con consejo
Según todo lo trato,
Diré, que al despedirse de Teresa
Hasta se ha puesto el sol traje de gala,
Y al despedir á Luis, por ser ingrato,
Como castigo á su intención aviesa
Se puso el más oscuro y el más viejo,
Su ropita peor y la más mala,
Que hermosa la virtud, sin duda alguna,
Todo lo alegre y todo lo embellece
Y fea la codicia é inoportuna
Lo mancha y lo ennegrece.
De su enconada herida
Bien pronto el mal asoma,
Y su mirada por demás erguida
Dirige hácia el abismo y se desploma.

VI

El Angel de la caridad.

Teresa vé cumplidas
Todas sus ilusiones y deseos;
Y al mirar reunidas
En benéfico asilo,
Desgracias y miserias y aflicciones,
Su corazón tranquilo,
Obtiene al aliviarlas, sus trofeos,
El premio de sus santas ambiciones.
Noble, valiente, activa, confiada,
Dispuesta al sufrimiento y á la lucha,
Grande su voluntad y su fe mucha
De su hermosa misión apasionada,
Ausente del rincón en que ha nacido,
Solo anhela el momento apetecido
Y ocasiones propicias
De ofrecer á otros seres sus caricias
Y alentar el espíritu abatido.
Y cuando dura guerra

Rompe, tala, destroza, el odio irrita,
Despertando el furor, que tanto aterra,
Ó venganza cruel que tanto excita;
Cuando el herido clama
Ó el moribundo sin aliento gime,
La caridad bendita la proclama
Angel de salvación, el más sublime.
Y el mundo todo sin cesar la aclama,
Mirando en su figura peregrina
Destellos seductores,
Y el eco de su voz con que fascina
Mensaje el más feliz de los amores
Que sin querer, al cielo nos inclina.



Los anchos mares, las rugientes olas,
El fuego abrasador de los volcanes,
La ausencia de las playas españolas,
Sus continuos afanes;
De horrible tempestad, el trueno ronco,
El rayo cuya chispa volcaniza
El corpulento tronco,
Del que tan solo queda la ceniza;
El huracán que brama y nos asusta
Con clamor sempiterno,
Que parece salido del averno,
Ó airada voz de la justicia augusta;

Nada su hermoso espíritu acobarda
Y nada le acongoja,
Que en Dios confía y de su Dios aguarda
Que compasivo su oración acoja;
Y desplegando su amoroso manto,
Con cariño sincero
En alegre reir, convierta el llanto
Y en placer, el suspiro plañidero.



Bien pronto su virtud acrisolada,
Su noble abnegación y su heroísmo,
Su titánica lucha al egoísmo
Feliz ha de mirar recompensada.
En su pecho resuena
Una voz seductora
Que de entusiasmo llena
La anuncia que ya es hora
De que sea Teresa Superiora.
Absorta de contento y de alegría
Ante elpreciado honor que se la eleva,
Á su noble entusiasmo se confía;
Acepta humilde y gratitud entona
Y su fama la lleva
Á la ciudad Condal de Barcelona,
Donde Titán, así lo fuertemente
Á su implacable roca de granito

Sufrirá sonriente
De la maldad el espantoso grito,
Y su noble ardimiento
Agitarse verá con nueva lucha
Que de extraño y cruel presentimiento
El eco triste y dolorido escucha.



De instituto benéfico, encargada,
Su saber que embelesa,
Su figura gentil con que enamora,
Su candor que interesa,
Su beldad agraciada,
Las envidiadas dotes que atesora,
Hicieron que la gente
En Teresa adorara prontamente.
Y todos, todos á porfía,
Inspirados de grata confianza,
La demuestran su viva simpatía
Alentando sus santas esperanzas,
Siempre dispuestos á servirla ufanos
En su penosa y delicada empresa,
Cuyos esfuerzos sobrehumanos
Resistirá tan solo sor Teresa,
Que tiene por escudo, el heroísmo,
Por defensa, virtudes peregrinas,
Que cubriendo de flores el abismo

Triunfante ha de salvar escolio y ruinas;
Que no en valde se nombra
Y al bien se pide cariñosa ayuda,
Y el risco y matorral es muelle alfombra
Que alivio presta á la fatiga ruda.



De aquel asilo santo
La llamó la atención y fué su encanto,
Escitó compasiva su embeleso,
Un niño cuyo llanto
Escuchó el primer día,
Que el asilo benéfico regía
Á quien saluda con amante beso
Y extraño afecto hácia su amor sentía.
Tendidito en su cuna,
La luz de opaca luna
Ilumina su frente nacarada,
En sus ojos azules color cielo
El alma enamorada.
Vé un prodigio de amor y de consuelo
Y en su rizado pelo
Hebras de oro, de encanto peregrino,
Los destellos del astro matutino.
Como recuerdo vago
De un parecido que su mente anida
Insiste en la caricia y el halago

Puro, amoroso y vida de su vida,
Y cual imán que en atracción constante,
En proceloso mar, sirve de guía,
Su vista y pensamiento, ni un instante
De la infantil imagen se desvía.



El niño fué creciendo
Y cada día más, agradeciendo,
Los cuidados y amores
De aquella hermosa alma
Que al mirar los rigores
Y la perdida calma
Con que nefando amor ó devaneo
Ingrato le abandona,
Encuentra una persona
Que con santo deseo
Gozaba en sus caricias
Un mundo de placer y de delicias.
Teresa, á toda hora dedicada
Á cumplir noblemente su destino,
No reparaba en nada
Que preciso no fuere en su camino.
Mas con pena advertía
Que en la hermosa ciudad de Barcelona,
Modelo de trabajo é hidalguía
Que la fama pregoná,

En rudas convulsiones
El mal estalla, y por doquier se advierte
El constante mentir de las pasiones
Que en espantosa tempestad convierte
El latido de puros corazones.



Como astuta alimaña
Que en la agrietada ó desunida piedra
Afanosa trabaja su escondrijo
Y con fingida maña
Cubre con ruda hiedra
Los restos de su alijo,
Así de la codicia el torpe encono
Que en la ciudad anida,
Á engañoso botín tenaz convida,
Y de astucia feroz haciendo alarde
Social revolución triste avasalla
Y en su seno palpita, alienta y arde
Dispuesta á la batalla;
Que habrá de ser sangrienta,
Pues brota cual torrente desbordado
Tiránico poder, que se presenta
Á la torpe ambición encadenado:
Y descreído y ciego,
Sin ley, ni Dios que sus acciones rija,
No habrá quien pueda amortiguar su fuego

Ni quien su loco encono le corrija.



Un día, al regresar de ciertas compras
Y quitar el papel en que envolvieron
Las telas más precisas,
Para hacer á los pobres sus camisas,
Los ojos de Teresa sorprendieron
Una noticia que con gruesas letras,
Con duras frases y procaz cinismo
Se entonaba loor al anarquismo.
Repasando sentida sus renglones,
Advierte prontamente
Que un Luis de Carvajal,
Con palabra festiva y elocuente,
Alentando el furor de las pasiones
Con vítores, aplausos y ovaciones,
En el «Club del Obrero,»
Contra Dios habló mal,
Y peor contra el rico y contra el clero;
Y de su triunfo amante,
La gente le ha aclamado delirante.
Con datos biográficos concluía
La relación de tan infausta nueva;
Y ya ninguna duda la ofrecía,
Ni del caso quería mayor prueba.
Rompe el papel y el corazón sentido,

Recobrando al dolor la santa calma:
—¡¡Señor, perdón te pido
Para su joven alma!!
Y á todas horas, en todos los momentos
El extraño recuerdo al punto asoma;
Estos son sus constantes pensamientos,
Que ni puede ocultar, ni amante doma,
Marcándose de nuevas desventuras
La huella despiadada
Que han de causarla grandes amarguras
Y una vida más triste y desolada.

VII

Rumbos opuestos.

Á negociar las lanas y las pieles,
Con cuidadoso afán almacenadas,
Á comprar y vender ganado y trigos
Y á ser fieles testigos
De industrias celebradas,
Que en la noble ciudad de Barcelona

Constante fama, sin cesar pregona,
El viejo Pablo llega, en compañía
De su hijo Julián, que entusiasmado
En su pecho sentía
Con tal viaje un sueño realizado
Que contento jamás olvidaría,
Y con su narración, es cosa cierta,
Todos disfrutarán á su regreso
Escuchando á Julián con embeleso,
Los ojos fijos y la boca abierta;
Aptitud necesaria,
Conque inexperto niño ó ruda gente
Escucha reverente,
Cualquiera relación extraordinaria,
Y como en ella tanto se recrean
Ni respiran, ni casi pestañean.



Para el negocio siempre prevenidos,
Con holgura, dinero y sin quebrantos,
Allí son atraídos
Deseosos de ver sus adelantos,
Sus fábricas, industrias y talleres,
Sus artefactos, máquinas y enseres;
Que Julián, por su cuenta
Pensado tiene y reparar intenta
Su molino harinero,
Con prensa y maquinaria

De nuevos rulos y de forma varia;
Pues quiere que aquel sea,
Sin disputa ninguna,
El mejor y el primero de la aldea
Y otro igual no funcione en parte alguna.



Desea que otro año,
Con mejores labores,
Sin apuros, con vida más tranquila
Que pasaron ogaño,
Sus beneficios sean superiores,
No escasa la maquila,
Más y mejor la hacienda
Hará que la parroquia se le extienda;
Y para realizar tan buenos planes
Y obtener resultados lisonjeros,
Ni le faltan afanes
Ni tampoco le faltan los dineros:
Que todo lo que apura la vagancia
Y al ánimo le abate y le contrista,
La honradez y el trabajo, dá arrogancia
Y no hay poder, que á su poder resista.



Uno de los asuntos de tío Pablo
Y encargo recibido,
Es el ver y abrazar á sor Teresa

Por quien todo su pueblo se interesa
Y su nombre jamás echa en olvido.
Anheloso, jadeante de fatiga,
Al asilo benéfico se llega:
Su deseo al principio se le niega,
Mas con ruegos, obliga
Á que no siendo hora
Con ánimo resuelto y diligente
La madre superiora
Sus rezos abandone y se presente.



Momentos de ternura,
De expansión, de alegrías,
Recuerdos de gratisima ventura,
De glorias y placeres de otros días
Los dos van repasando;
Bondadoso, tío Pablo, sonriendo,
Amorosa, Teresa, suspirando.
Tan preciada alegría y grata escena
Se ve solo anublada
Al referir Teresa acongojada
Lo que vieron sus ojos
Y quedó muy grabado en su memoria:
De Luis de Carvajal, la triste historia
Á quien vé en el camino de la vida
Á través de breñales y de abrojos,

Sin conciencia, que evite su caída,
Sin religión, que calme sus enojos.
¡Oh! no me extraña, dice aquel buen viejo,
Adonde llega y hasta donde alcanza
Su mal obrar y su peor consejo,
Que de codicia ruin y de la holganza
Ya se sabe cual es el vil cortejo;
Á su mal no hay remedio, ni esperanza.



Con rumbo opuesto y contrario instinto,
Por extraños senderos
Que marcan encontrados derroteros,
Hoy aquí nos reúne extraña idea
Y de modo distinto
El corazón humano se recrea.
Mi Julián y este viejo, hoy aquí miran
Industria, protección, trabajo, ciencia,
Que entusiastas admiran
Con su ruda palabra y su experiencia,
Y los dos, sin mentido fingimiento,
Alaban de esta tierra
Á quien la fama dà gran valimiento,
El poderío que en su seno encierra
Buscando van, cual hijos del trabajo,
En las entrañas de tan buena madre
Aquello, que aliviando su destajo,

Á su noble tarea mejor cuadre.

Angel de caridad, con hidalguía
Se mira en vos, Teresa,
Que entusiasmada y noble
Y fuerte como el roble,
Nunca se extingue en vos esa energía
Con que ufana atraviesa
Por incultos caminos y senderos
De espinas y de abrojos,
Mitigando los ayes lastimeros,
Las penas, las angustias, los enojos,
Y aunque de continuo está el camino
Cubierto de maleza,
De ruinas y de tristes jaramagos;
Con estudiado tino
La hermosa fe que dá gran fortaleza,
De los males conjura los estragos
Y del error anula la fiereza.
Sufre, lucha, batalla,
Con esfuerzo gigante se defiende,
Y su poder se extiende
Contra el mal, que aprisiona y avasalla.

Luis, con encono y frases descompuestas,
Con torpe imputación, falsos amañes,

Lleva tras sí, mentidos desengaños,
Y las turbas dispuestas,
Sin religión, que todo lo eslabona
Y todo en justos límites lo encierra,
Á dar días de luto á Barcelona
Temerario lanzándole á la guerra,
Al combate cruel, triste, inhumano,
Que sin piedad taladre
El cariño de hermano, contra hermano,
Del hijo, contra el padre:
Y cual potente río
Que con fiero coraje se desborda,
Así con recio empuje, saña y brío
Se vé lanzarse al mal, temible horda.



Es preciso decir muy claramente,
Sin rodeos, ni ambajes,
Sin ocultar cobardemente,
El pecho á los ultrajes:
Él pretende ser rico, sin trabajo
Y vivir y gozar de la vagancia
Es preparar al vicio gran destajo,
Conceder al error, gran importancia.
Si queremos en esto tener calma
Y que triunfante el mal, nos avasalle,
De su victoria lucirá la palma

Y lograremos que su encono estalle
Y entonces ¿quién detiene su carrera?
¿Quién aplaca su lava abrasadora?
¿Quién dulcifica su venganza fiera?
¿Quién apaga su tea destructora?
No, no es posible callar, ni tener duelo,
Hay que estar á la zaga del delito
Ahogando sin piedad y sin consuelo
De torpe acción el espantoso grito;
Si hay que perdonar, venga la gracia,
Si hay que castigar, venga el castigo,
Pero nunca alentemos la desgracia
Negando nuestra cara al enemigo.



Dando tregua y descanso á sus enojos
Para evitar acaso que intranquila
En el cristal hermoso de sus ojos
El dolor empañara su pupila,
Discretamente varió Teresa
Aquella relación un tanto extraña,
Y dando ejemplo de oportuna maña
Refiere al pobre viejo sus afanes,
Su vida, sus proyectos y sus planes,
Sus goces y venturas,
Al cuidarse de tantas amarguras;
Y señalando al niño cariñoso

Que tenía á su lado
Y siempre la seguía, bondadoso
Á su saya, agarrado,
Cuenta su historia, sus gracias y sus dones,
Su belleza sin tasa,
Que embriagando de amor los corazones
Formaba los encantos de la casa.



Julián y tío Pablo, con fijeza
Prestaron su atención á tal relato;
Admiraron del niño la belleza
Y amarga pena les causa el retrato
De tanta desventura
Con que la infausta suerte
En aquella inocente criatura
Quiso mostrar su poderio fuerte.
Mil besos y caricias le ofrecieron,
En sus hermosos ojos se miraron,
Afecto é interés por él sintieron
Y juntos le besaron.

.
.

Cuando se disponían
Á marcharse del lado de Teresa,
Les detiene las voces que corrían
De que implacables turbas

De instintos fieros é intención aviesa,
Con sin igual y varonil empuje
En las calles y plazas
A vencer ó morir se han dado trazas;
Y cual fiero león, su encono ruje
De venganza y de oro están hambrientos,
Y alentados por fiero despotismo
Intentan penetrar donde avarientos
Practiquen su anarquismo.



Su torpe idea y su furor insano,
Sus mentidos afanes,
Su poder inhumano
Y lo insensato de sus vastos planes,
Los condena, subyuga y aprisiona
El grito general y la protesta
De la noble ciudad de Barcelona,
Al trabajo y la paz siempre dispuesta.

.
Fatal descarga suena,
El silbido se escucha de las balas,
El bronce airado zumba
Y la discordia que todo lo envenena
Bate sus negras alas,
Llevando su rencor hasta la tumba.

VIII

El arrepentimiento.

Desde el piadoso, hospitalario asilo,
Dentro de cuyos muros
En lazos muy seguros,
Con vigor y cariño, se sujetan
Las zozobras que inquietan,
El reposar de un corazón tranquilo;
Un quejido se escucha,
Una voz que doliente y abatida
«Socorro» pide de dolor transida,
Y como allí, la caridad es mucha
Acuden todos, vuelan,
Y prestando al dolor atento oído
Con palabras hermosas que consuelan
Ofrecen protección al desvalido
Y con calor é infatigable celo
La fe le brinda, cariñosa vida,
Cual ave que cobija entre sus alas
Al pobre pequeñuelo

Que en vano intenta remontar su vuelo
Por las etéreas salas.

Una vida se extingue y agoniza,
Acaso lucirá breves momentos,
Y en sus tristes y últimos lamentos
Un recuerdo cruel la martiriza.

La puerta cede, la camilla avanza
Y recogiendo al pobre moribundo
Su amarga pena y su dolor profundo
En el santo hospital, auxilio alcanza.

Todas aquellas santas criaturas
Rodean la camilla:

A su paso se humilla

La *Fe* que ahuyenta tristes desventuras,

La *Esperanza* consuelo de dolores,

La *Caridad* que es fuente de dulzuras,

La *Religión* amor de los amores,

Y contritas, ufanas,

Llenas de puro y sacrosanto celo

Por él están velando las hermanas

Y pidiendo por él están al cielo.



Teresa, al acercarse
De palidez mortal cubre su rostro,
En su semblante mira retratarse
Un asombro que espanta:

Quiere gritar y anuda su garganta
La sentida emoción de lo que advierte,
Es Luis, el que padece de tal suerte.
Y el tío Pablo, atento á lo que mira,
Tristemente suspira
Y ante lo que están viendo sus ojos
Y observa contristada la conciencia,
Holganza y ambición, cáusanle enojos
Y castigo ejemplar la inexperiencia.



Luis, á su vez, recorre con la vista
El lugar venturoso,
Adonde encuentra amparo generoso:
Y más y más se abate y se contrista.
Con honda pena de recuerdo amargo,
Con voz entrecortada
Y frase balbuciente y apagada
Como salida de cruel letargo;
Anheloso, angustiado, así decía:
—¡Aquí está, aquí está, el alma mía!
Y reparando en infantil criatura
Que agarrada á la falda de Teresa
Contemplaba asustado tal escena,
De duelo y amargura;
Aquella alma de pesares llena,
Con el mayor quebranto y agonía

Y en él fijo, muy fijo,
En él, triste repara
Y dice: ese, ese es mi hijo,
Me lo dice su cara,
Me lo anuncia la voz de mi conciencia,
¡Señor, Señor! ¡clemencia!
¡Mi llanto alivia, mi dolor repara!!
De ingrato devaneo son señales
Un papel que trajera en sus pañales
Y una reliquia santa
Que anudaba su pecho y su garganta.



Teresa, confirmada prontamente
La certeza de todo aquel relato,
Con ese afán prolijo
Y esquisita dulzura,
Que solo dán cristiano regocijo
Ó maternal ternura,
Le dice: aquí está; ese es tu hijo
Cuyos encantos á todos embelesa...
Y yo, mírame bien, yo soy Teresa;
¡Teresa, que en la aldea siempre ufana
Fué para tí, tu cariñosa hermana,
Y que al despedirte te decía:
—¡Luis, con grata constancia,
Nunca olvides los rezos de la infancia!

Ese que vez ahí, en cuya frente
La honradez se retrata
Y que sumiso y obediente
Al vicio odia y la virtud acata
Es tío Pablo, el pobre viejo,
Honrado, bueno, carifioso y santo,
Que siempre tuvo para tí un consejo
Y que por tí sufrió, pena y quebranto.
Y aquel Julián, tu amigo de la infancia,
Que juntos en la escuela
Con extraña arrogancia
Su bondad motejaste de ignorancia
Y hoy por tí bondadoso se desvela.



Luis, aturdido, la vista se le apaga,
Quiere llorar, no puede;
Á una nueva congoja, otra sucede,
Y torpemente su pupila vaga.
¡¡Perdón!! exclama, ¡he sido muy malvado!
¡¡Confesión, para mí, desventurado!!
Y cumplido su hermoso pensamiento,
Presa del más fatal presentimiento,
Á Teresa le encarga
Que cuide de aquel huérfano inocente
Que su madre, en hora bien amarga
Abandonó inclemente.

Ella, fiel le asegura
Que si la muerte le arrebató al padre,
Encuentra en ella cariñosa madre.

... ..
¡¡Perdón!! repite, nueva lucha entable
El espíritu que débil desfallece,
Y el afán de vivir que alienta y crece.
Hablar intenta, se le extingue el habla,
Fija la vista en Dios y el alma en ellos
Fervoroso, cristiano, arrepentido,
En sus ojos se apagan los destellos
Y el corazón le niega sus latidos.

... ..
... ..
... ..
Ante el cadáver, póstranse de hinojos
El amor, los recuerdos, los agravios,
Que piadosos le ofrecen como palma
Las lágrimas que vierten de sus ojos,
Los suspiros que brotan de sus labios
Y santas oraciones por su alma.
El pecho de Teresa acongojado
Ante arrepentimiento tan contrito,
Amante exclama: ¡Gracias, Dios bendito,
Su alma se ha salvado;
Y tío Pablo, llorando como un niño,

Á quien afligen hondas pesadumbres
Ó le privan de plácidas costumbres,
Alentado de santo regocijo
Prorrumpe de piedad fortificado:
—Desde hoy este angel es mi hijo,
Contento vivirá siempre á mi lado,
Y en mi tranquila casa
Disfrutará de dicha nada escasa.
¿Verdad tú, mi Julián, que con nosotros
Jamás le faltará nuestro cariño
Y aprenderá á ser hombre y ser honrado
Y de todos vosotros
Será siempre querido y respetado?
Y Julián, dulcemente conmovido,
Escuchando á su padre se recrea
Y asiente enternecido
A lo noble y hermoso de la idea:
Besando, con cariño soberano,
Amoroso y ferviente
Del pobre viejo la rugosa mano,
De Luis de Carvajal la helada frente.

EPÍLOGO.

Una modesta cruz
Colocada en mitad del cementerio
De aquel asilo santo,
Señala el vencido cautiverio
De un alma, redimida por el llanto;
Cruz piadosa, bendita, hospitalaria,
Que de memoria sirve á aquel suceso,
Que arranca del que siente una plegaria,
Del que sabe querer, amante beso.
Estréchanle sus brazos
De musgo y siempreviva una corona,
Que con dos inscripciones en sus lazos
Son de victoria la anhelada palma,
Cánticos de dolor que el alma entona;
En una está grabada «Por mi padre»,
Y este escrito en la otra «Por su alma».
Y allá lejos, muy lejos,
En la casita humilde que blanquea
En la pequeña aldea,
Por protectora mano conducido
El huérfano infelice,
Disfruta paz, su corazón herido,
Lazos de protección y de consuelo
Que amoroso bendice
Con noble gratitud y amante anhelo.

ÍNDICE

~~~~~

|                                      | Páginas. |
|--------------------------------------|----------|
| DEDICATORIA . . . . .                | 3        |
| I.—Dos almas . . . . .               | 5        |
| II.—La voz de la honradez . . . . .  | 13       |
| III.—Ingrato y ambicioso . . . . .   | 22       |
| IV.—La vocación. . . . .             | 29       |
| V.—Un día memorable . . . . .        | 39       |
| VI.—El Angel de la caridad . . . . . | 48       |
| VII.—Rumbos opuestos. . . . .        | 56       |
| VIII.—El arrepentimiento . . . . .   | 66       |
| ERÍLOGO. . . . .                     | 73       |